

«Orígenes de la novela». Estudios. Ediciones del centenario de Menéndez Pelayo, directores Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2007. 527 pp.

<https://doi.org/10.55422/bbmp.599>

Una de las deudas mayores y más onerosas que tenía pendientes hasta hoy la cultura española era la contraída con don Marcelino Menéndez Pelayo. Sabio al que legítima, y no hiperbólicamente, le corresponde el título de «renacentista» (porque, entre otras méritos que acumuló, fue sobre el Renacimiento español que vertió el mayor caudal de su saber), arquitecto de la historiografía de la literatura y de la cultura españolas de los siglos XIV al XVII, desbrozador de horizontes que hoy, casi cien años después de su muerte, siguen ofreciendo a los investigadores del presente frutos y pistas sin los cuales el conocimiento del patrimonio literario y cultural de aquella época sería mucho más romo e imperfecto.

No puede ser más justa ni más oportuna, por tanto, la iniciativa de diversas instituciones de su Cantabria natal (la Sociedad Menéndez Pelayo, la Universidad de Cantabria, el Gobierno de Cantabria) para celebrar el centenario de su muerte, que se conmemorará en 2012, con la publicación de una edición nueva de sus obras completas, asignando, a cada uno de sus títulos, el acompañamiento de un volumen en que los más importantes estudiosos de hoy hacen pormenorizada (capítulo por capítulo, y hasta epígrafe por epígrafe) revisión de las aportaciones de don Marcelino al campo del saber al que cada uno de sus títulos se acercó.

Cuando tan ambicioso proyecto (el de las obras completas y el de los volúmenes acompañantes) quede, dentro de unos cuantos años, rematado, la deuda de nuestro país con don Marcelino podrá considerarse medianamente saldada, y los intelectuales del futuro podrán tener un acceso que ahora es difícil y complicado, porque debe hacerse a través de ediciones claramente avejentadas, raras e incómodas, a uno de los pilares de las ciencias humanas españolas.

Si los volúmenes que vayan apareciendo, en la apretada secuencia que se nos promete, resultan ser de la cuidadísima calidad científica y editorial (incluso material) de este que ahora (adelantándose cinco años al centenario) sale el primero a la luz, podrá concluirse que (utilizando un símil que hubiera sido de su grado) la alargada sombra de don Marcelino sigue ganando batallas después de muerto, y que ningún otro intelectual (acaso solo Ortega y Gasset) habrá dejado una huella tan viva, tan poderosa y tan fecunda como él en la cultura española.

El grueso volumen (muy hermosamente editado) que ha abierto la serie de publicaciones conmemorativas del centenario revisa y evalúa cada uno de los capítulos de una de las obras fundamentales (seguramente la más elaborada, renovadora, madura) de don Marcelino: los *Orígenes de la novela*, cuyo primer tomo vio la luz en 1905, y cuyo remate, de 1915, apareció ya póstumo, al cuidado de su discípulo Adolfo Bonilla y San Martín. Aunque no tuvo tiempo don Marcelino de rematar esta obra (fatal destino que compartieron otras que se quedaron en esbozo en su escritorio), los cuatro volúmenes que vieron la luz forman un conjunto absolutamente impresionante. Asombra ir pasando revista a capítulos y a epígrafes que colocaron en el mapa de la literatura española una infinidad de obras que antes no habían recibido la menor atención crítica, algunas de las cuales nunca habían conocido ni edición moderna ni siquiera mención en los escasos y la mayoría de

ellos muy elementales manuales de historia literaria española que antecedieron a la ciclópea labor del polígrafo santanderino.

Y asombra, sobre todo, comprobar que don Marcelino no se limitó a ser el simple y técnico exhumador de muchas de ellas, sino que fue capaz, además, de colocar a cada una dentro de la (casi siempre justa) casilla de género, de escuela, de estilo que le correspondía, de desentrañar con agudeza y erudición sus agotadores fuentes y paralelos, de recorrer de arriba a abajo su ascendencia y su descendencia, sus modelos (grecolatinos, orientales, europeos, hispanos o de donde fueran) y sus continuaciones e imitaciones, de elaborar un pensamiento global, una interpretación de conjunto, de todas y cada una de ellas, en sí misma y en su marco. Es un misterio que las fuerzas de un solo ser humano alcanzasen a matar tantos pájaros de un tiro, que, en una época de tan escasísimos recursos y medios, pudiera estar tan al tanto de lo que se publicaba fuera de nuestras fronteras, que su mente pudiese producir un diseño tan coherente y tan ambicioso de un programa de acción que hoy, cien años después, puede decirse que sigue vivo y en curso, y que no ha quedado ni mucho menos agotado por las aportaciones de los centenares de eruditos que han seguido (que seguimos) las grandes líneas de las vías trazadas por don Marcelino.

Insisten en ello, una y otra vez, todos los contribuyentes de este libro, como Consolación Baranda Leturio y Ana Vian Herrero, en la p. 408:

En el estudio de Menéndez Pelayo sobre la literatura celestinesca está *in nuce* todo lo que se ha desarrollado más tarde, y en especial subyace implícita y larvada una distinción vigente hasta hoy, que ha servido a todos los estudiosos posteriores. Nos referimos sobre todo a la distinción entre imitación y continuación y a otros aspectos derivados.

Los *Orígenes de la novela* son, en efecto, no solo un hito precursor, una obra fundacional. Son, también, un edificio sólidamente construido, falto solo del remate que la muerte impidió poner a su arquitecto. Y, además, perfecta y detalladamente amueblado por dentro, cuidadísimo en el trazado de sus alas, planos y nexos, lleno de excursos y de notas en cuyos pliegues aparentemente menores se esconden atisbos de saberes absolutamente enciclopédicos. Y, al mismo tiempo, modelo con clara vocación de futuro, germen de tendencias, molde generosamente listo para ser utilizado por los que llegasen detrás.

Los *Orígenes de la novela* de don Marcelino son, por añadidura, una obra maravillosamente bien escrita. Y ese es un mérito no de despreciar ni en aquellos tiempos ni en estos, en que el oficio del crítico y el oficio del buen escritor parece que discurren no siempre cercanos: los *Orígenes*, como el resto de las obras de don Marcelino, están escritos en un estilo dúctil, rítmico, literario, que delata al buen poeta, al experto orador, al profundo conocedor (e imitador y continuador, en el sentido más vital del término) de los eufónicos acentos de lo clásico.

Todo ello lo ha expresado con muy certeras palabras Juan Manuel Cacho Blecua, en el capítulo dedicado a las investigaciones de don Marcelino en relación con las «Novelas de caballerías» (p. 223):

Supo organizar muy bien y exponer con sagacidad todos estos materiales mediante una disposición que procura interesar al lector pese al cúmulo de erudición. Habitualmente describe los libros de acuerdo con calculadas

gradaciones en función de su importancia: suele destacar peculiaridades que las singularizan, en otros casos se extiende en sus argumentos y en las obras más excepcionales selecciona ciertos pasajes. En muchos momentos construye su discurso científico también para suscitar interés, como un creador que maneja su prosa con cierta maestría, con suma habilidad para engarzar los temas y con especial sensibilidad poética para destacar sus mejores fragmentos [...] Del mismo modo que sobresale por la grandeza de su conjunto, por su clasificación de los textos y por la acumulación de datos, también destaca por la maestría en el uso de una prosa con la que, a veces, consigue unos ritmos inigualables.

Otra cuestión nada menor: esta colección de estudios en torno a los *Orígenes de la novela* que reseño viene, en alguna medida, a rescatar la figura y la obra de don Marcelino de las garras del reaccionarismo ultramontano y del franquismo español, que durante mucho tiempo se autoproclamaron las plasmaciones en el terreno de la ideología y de la política del pensamiento de don Marcelino, y a reivindicar su dimensión de adelantado de un pensamiento crítico moderno, positivamente científico, no desprovisto de subjetividades, pero volcado decididamente en la labor de trazar una historia sistemática de nuestra cultura. Lo forzado de algunas manipulaciones del pasado queda muy bien evidenciado en la preliminar valoración que de «Menéndez Pelayo, hoy» hace Borja Rodríguez Gutiérrez (pp. 38-39):

El pensamiento católico tradicional y ortodoxo añoraba la monarquía absoluta de los Borbones, y entendía que la España de Franco era una recuperación de ese bello e ideal absolutismo perdido, y erigía a Menéndez Pelayo como referencia intelectual de ese absolutismo. ¡Qué ironía para el historiador admirador de los Reyes Católicos, y de aquella España dividida en reinos y regiones con sus diferentes leyes, normas y costumbres, del elogiador insistente del «federalismo instintivo congénito a nuestra raza», del crítico con los Borbones, que hablaba del absolutismo inepto del siglo XVIII, que reprochaba a Fernando VII no haber restaurado la tradicional monarquía española sino haber entronizado «cierto absolutismo feroz, degradante, personal y sombrío» y que entendía como una prueba del absolutismo perverso de Fernando VII el hecho de que este rey hubiera acabado con la tradicional costumbre de la elección popular de los cargos municipales. Pero estas y muchas otras afirmaciones y opiniones de Don Marcelino quedaban sepultadas por la figura del enemigo implacable de todos aquellos que se desviasen del recto camino de la España católica y monárquica.

No se puede negar, desde luego, que don Marcelino fue un ultracatólico radical y un reaccionario a machamartillo, y que eso quedó infinidad de veces reflejado en las líneas menudas de sus escritos. Causa escalofrío, por ejemplo, recordar sus juicios sobre obras de nuestra literatura que en su tiempo eran prácticamente desconocidas, pero que él (pese a la repugnancia que sintió hacia ellas) contribuyó a rescatar, y que los siglos han acabado situando en el olimpo de las más valiosas y originales. *La lozana andaluza*, por ejemplo, al que calificó de «libro inmundo y feo» que «apenas pertenece a la literatura», por lo que «su

análisis... no es tarea para ningún crítico decente». Obra a la que, en cualquier caso, no dejó de tender alguna mano, cuando concedía que «en rigor, puede decirse que la *Lozana* no está escrita, sino hablada, y esto es lo que da tan singular color a su estilo y constituye su verdadera originalidad», añadiendo además que «no hay libro del s. XVI cuya prosa sea más impura ni más llena de solecismos y barbarismos. Pero su misma incorrección la hace muy curiosa [por su] lengua franca o jerigonza hispano-italiana usada en Roma por los españoles de baja estofa que llevaban mucho tiempo de residir allí, y que, sin haber aprendido verdaderamente la lengua ajena, enturbian con todo género de italianismos la propia». Pueden leerse estos arrebatados juicios sobre la extraña obra de Delicado y sobre otras de géneros y temas aledaños en el capítulo que Consolación Baranda Leturio y Ana María Vian Herrero dedican en este volumen sobre los *Orígenes de la novela* a «El nacimiento crítico del género celestinesco: historia y perspectivas», pp. 419-420.

En Menéndez Pelayo primó, en definitiva, cuando debió primar, el amor a la ciencia sobre las filias y las fobias ideológicas, la búsqueda de un horizonte intelectual irrestricto, comprensivo, integrador, sobre la tentación de marginar o de escamotear las obras y las estéticas con las que se pudiera estar moralmente en desacuerdo o que le pudieran resultar, incluso, emocionalmente insufribles. Dio muestras, en una cuestión que era tan esencial, de tener una conciencia intelectual que miraba de manera decidida hacia la modernidad, por más que el detalle de sus líneas aparezca sembrado, por aquí y por allá, de exabruptos ideológicos y de consideraciones morales que afectan por lo general a los elementos decorativos y nunca a la estructura de su obra.

Este impresionante, inteligentemente diseñado (no había más que seguir, para ello, el índice de don Marcelino) volumen de *Estudios* sobre los *Orígenes de la novela* se inicia con una revisión muy clara e informativa de Raquel Gutiérrez Sebastián sobre «Las *Ediciones del Centenario* de Menéndez Pelayo», que da detalles del gran proyecto de recuperación y actualización editorial que orbita en torno al año 2012 (centenario de la muerte) y hace un repaso de lo que fueron las ediciones del siglo XX, con sus fastos apoteósicos en el franquismo y su injusto silenciamiento en la transición.

Borja Rodríguez Gutiérrez traza después una valoración sobre «Menéndez Pelayo, hoy» en que pone énfasis sobre la vigencia actual de su pensamiento filológico y de sus métodos de investigación, y pasa revista a la varia fortuna editorial, ideológica, política, que su figura y su obra tuvieron en el pasado.

A continuación, Carlos García Gual revisa los estudios de Menéndez Pelayo en torno a las novelas griegas y latinas (no solo a los que quedaron plasmados en *Los orígenes de la novela*); María Jesús Lacarra glosa sus aportaciones en torno a «El apólogo y el cuento oriental en España»; Juan Manuel Cacho Bleuca desmenuza sus investigaciones precursoras sobre lo que entonces se conocía como «novelas de Caballerías» y hoy se prefiere etiquetar como «dibros de caballerías»; Jesús Menéndez Peláez sigue de cerca sus investigaciones sobre la novela sentimental; Miguel Ángel Teijeiro Fuentes, sobre la novela bizantina; María Soledad Carrasco Urgoiti, sobre «la maurofilia literaria del siglo XVI»; Carmen Parrilla, sobre la novela pastoril; Carmen Hernández Valcárcel, sobre los cuentos y las novelas cortas; Guillermo Serés, sobre *La Celestina*; y Consolación Baranda Leturio y Ana María Vián Herrero, sobre el «género» celestinesco.

Todos y cada uno de estos estudios, algunos de los cuales tienen la extensión y la densidad casi de pequeños libros (los dedicados a las «novelas de

Caballerías» y al «género» celestinesco sobre todo) no solo alcanzan, más que sobradamente, el propósito de revisar y de hacer una valoración, uno por uno, de los apretados capítulos y epígrafes de los *Orígenes de la novela* de don Marcelino, así como de analizar su influjo en la erudición posterior. Son una sucesión de auténticos microtratados, llenos de información importante, plenamente actuales, que aportan sólidas visiones generales y novedosos detalles bibliográficos sobre cada uno de tales géneros.

El que, al cabo de cien años de que sentara los cimientos de todo esto don Marcelino, un libro de la calidad y de la actualidad que tiene este de 2007 pueda preciarse de seguir al pie de la letra el diseño ya centenario de los *Orígenes de la novela* es la mejor demostración de que el gran erudito santanderino sigue siendo una referencia intelectual de primer orden, un modelo al que el paso del tiempo, lejos de haber desmentido, no ha dejado de reafirmar, un maestro que no se conformó (y no era poca cosa) con quedarse sentado en uno de los tronos indiscutibles de la historia de nuestra cultura, sino que logró seguir siendo un motor, todavía hoy insustituible, del presente y del futuro de nuestros estudios.

No hay duda, por todo ello, de que la tarea, tan ambiciosa como necesaria, de volver a editar sus obras completas, y de ir sacando a la luz, al mismo tiempo, libros que vayan glosando cada uno de sus grandes títulos, si logra cuajar con la calidad científica y editorial que tiene este que ahora aparece, está llamada a convertirse en una de las empresas intelectuales más relevantes (y más esforzadas) de las que están ahora en el horizonte cultural de nuestro país.

JOSÉ MANUEL PEDROSA
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ